**Lou Andreas-Salomé, *Ruth* (1919)**

**Traducción de Graciela Isabel Piedra Molina**

Erik pasó las primeras horas de la mañana con Jonas en su instituto. A mediodía se dirigió hacia la gran escuela secundaria femenina, que quedaba bastante lejos. Se subió en uno de los tranvías arrastrados por caballos que pasaban y, en una de las últimas paradas, un compañero suyo se subió también. Este, que parecía acalorado, lo saludó y, después, se quedó con el sombrero en la mano mientras comenzaba a abanicarse con el pañuelo.

―¿Cómo está, señor Matthieux? ―le preguntó a Erik jadeando―. Aquí en la ciudad el mes de mayo ya se ha vuelto verdaderamente insoportable, al menos cuando vas caminando. Y, sin embargo, uno no se atreve a guardar el abrigo de entretiempo, pues en cualquier momento podría venir otra ráfaga helada del Nevá. Nada de transiciones, nada de temperaturas normales. Este clima te deja derrotado.

Acompañaba sus palabras con tantos gestos que a uno le daba la impresión de que nunca volvería a refrescarse en la vida. Erik echó un vistazo rápido al señor que estaba sentado frente a él, que parecía tener más o menos su misma edad. El deslumbrante sol de mayo apuntaba, como mofándose, hacia su cabello descubierto y ya bastante escaso.

―¿Este es el futuro que me espera? ¡Un mayo insoportable! ―pensó, y después dijo en voz alta: ―Debo confesar que siento cierta debilidad por la primavera rusa. Puede que sea revoltosa, tal vez más inestable y peligrosa que cualquier otra, pero a cambio es una maravilla. Titubea durante mucho tiempo para después irrumpir de manera tan inesperada y con una belleza tan extraordinaria que uno no puede dar crédito a lo que ven sus ojos.

―Sí, claro, eso si uno puede verlo con sus propios ojos. Yo, siempre que acaban las clases, vuelvo a Alemania para recuperarme de las ráfagas de viento y el ambiente en Rusia. Estoy trabajando en un libro, y siempre aprovecho mis vacaciones en Alemania para escribir. Ese es mi descanso, lo cual no deja apenas tiempo para el verano, pero en esa situación nos hallamos todos los que nos dedicamos a los sobreesfuerzos del intelecto.

Erik permaneció callado un momento y, después, como si terminara un pensamiento silencioso, respondió por lo bajo:

―Bueno, yo solo me considero un trabajador del intelecto en parte.

―Anda, anda, no dirá eso por haber pasado mucho tiempo allí, en un entorno rural, ¿no? Pero, por favor, ¡con los conocimientos y habilidades que usted tiene! ¿Por qué no habría de escribir también un libro?

Erik se echó a reír.

―No, no, no estoy diciendo que ese entorno me haya podido volver un poco tosco. Tampoco se trata de la cantidad de libros, pues creo que, al final, con lo que trabajamos, especialmente los profesores, es con material humano. Nuestro lugar está más bien fuera de esos estudios propios de eruditos, me parece. En el centro mismo de la vida.

―Bueno ―respondió su compañero―, yo creo que solo se llega a tratar con las personas de manera muy superficial. El resto no es más que trabajo de oficina. Pero, oiga una cosa, ¿no quería usted dar una serie de conferencias hace unos meses? ¿Qué pasó con eso?

La mirada de Erik se ensombreció.

―Nada de nada, eso pasó ―se apresuró a decir―. Me negaron la sala.

―¡Vaya, vaya! Estoy seguro de que se debe a su impopular manera de ver la profesión docente fuera del aula. Temen que usted pueda venirse un poco arriba. Al fin y al cabo, todos vamos por aquí con las manos atadas, eso ya lo sabe. Pero hay algo en lo que debería hallar consuelo: entre esta gente no es posible despertar ninguna conciencia para conseguir algo. Solo está el pueblo, al que ni podemos ni debemos dirigirnos, y un público que busca entretenerse.

Decía esto con entusiasmo. Erik no respondió. El tranvía se detuvo y ambos se apearon.

―¿Así que ahora le han asignado más horas en la escuela de chicas? ―su compañero reanudó la conversación mientras caminaba junto a él a paso lento y miraba fijamente el empedrado de la calle a través de las gafas. Si hacía un momento se había mostrado enérgico e inquieto, ahora tenía un aspecto flemático y aletargado―. ¡Parece que quieren utilizarle para todo! No tenía que hacerse cargo de esta clase hasta el otoño.

―Pero necesitaban a alguien con urgencia. Además, quería ver a las chicas y conocerlas antes de asumir por completo el cargo en otoño.

―Pues se va usted a hartar. ¡Ese sexo es lo peor! Entre ellas no hay ni el más mínimo talento para las matemáticas. Ni el más mínimo. No hay ninguna que sepa hacer cálculos.

―¡Y menos mal! ―respondió Erik.

―Yo no me lo tomaría a broma. Trabajar en una clase de chicas hace que se te olvide lo que es reír. Es imposible encontrar algo agradable en esas jovencitas, ¿verdad?

—¡Lo bonitas que son! —estuvo a punto de decir Erik, pero, al advertir la expresión casi angustiada de su compañero, se mordió la lengua a tiempo y se limitó a responder: —Pero aportan emoción, variedad. Mire lo que llevo aquí, en mi carpeta de cuero: un montón de cuadernos con redacciones. Qué cosa tan curiosa. Son del anterior compañero, solo me los dieron a modo de orientación. Y entre ellos he hallado una auténtica rareza.

—No tengo interés —le aseguró el compañero de matemáticas al tiempo que entornaba los ojos—. De verdad que no. Pero es usted una persona envidiable. Me consta que el anterior compañero solía tener pesadillas por la noche con esos cuadernos azules.

—¡Y bien merecido! —exclamó Erik entre risas mientras atravesaban un arco elevado y entraban en la escuela—. ¿Por qué les hacía escribir sobre temas como este de aquí: «La felicidad»? Pobres chicas, obligadas a plasmar en un refinado alemán algo que ni siquiera han tenido oportunidad de experimentar.

Se detuvieron frente a la amplia escalera de piedra que llevaba desde el vestíbulo hasta las aulas.

—Pero así aprenden a escribir en alemán, que al fin y al cabo es el objetivo —observó el compañero con gesto rígido a causa del gran disgusto que le había provocado el último comentario—. Seguramente el anterior compañero no tenía en mente esa clase de felicidad que implica abandonar la escuela. Pero aquí es donde nuestros caminos se separan. Y lo digo en sentido literal.

—Bien, ¡pues hasta luego!

—Le deseo mucha *emoción*.

Erik subió las escaleras y recorrió el pasillo de techo alto donde se encontraban las aulas. Abrió una de ellas y miró el reloj. Aún no había terminado el recreo. El sol de mayo había atraído a la mayoría de las chicas hacia el amplio patio de la escuela. Desde la ventana, que estaba abierta, se podía mirar hacia abajo y ver cómo paseaban y jugaban en parejas. Justo debajo de la ventana donde se situó él había una fuente con un banco de madera al lado. Allí se congregaba un grupo de chicas adolescentes, cuyos cuchicheos y risas llegaban nítidamente hasta donde estaba Erik.

En las aulas de alrededor y en el pasillo reinaba un silencio absoluto. Solo en contadas ocasiones se cerraba alguna puerta o alguien daba una voz. El sol incidía de lleno en las persianas medio bajadas y algunos moscardones zumbaban alrededor de unas migas de pan sobre los polvorientos pupitres. Erik sacó los cuadernos azules y empezó a hojearlos, dejando escapar algún suspiro de vez en cuando. En el fondo eran unos cuadernos bastante aburridos.

Una personalidad de este tipo es, sin duda, interesante; como ser humano, como mujer, como jovencita, resulta interesante y constituye todo un mundo en sí misma. Sin embargo, nada de esto queda reflejado en las redacciones de la escuela. ¡Y no es de extrañar! ¿Acaso no sucede lo mismo con todos los libros del mundo? ¿No es un pequeño retazo de la vida real mil veces más rico y revelador?

Se puso en pie y echó un vistazo al grupo de chicas que reían y charlaban junto a la fuente. Aquellas que podía ver desde donde estaba debían de ser sus nuevas alumnas, por lo que eran las responsables de aquellas redacciones aburridas. Erik las perdonó mientras observaba aquellas recientes criaturas que aún mantenían el privilegio de ser bellas sin tener belleza. Era posible distinguir varios tipos entre ellas, a pesar de sus diferentes nacionalidades. En la conversación se mezclaban tres idiomas de manera confusa. Erik distinguía claramente entre el tipo más inclinado a la vida doméstica y el tipo más abierto al mundo. Ambos tenían algo atractivo, tanto la mirada pícara que asomaba con esa intuición tan femenina entre los mechones cuidadosamente rizados que caían sobre la frente, como la mirada dulce, prudente y serena que se entreveía bajo la raya en medio del cabello. Esa personalidad que se considera como infantil apenas estaba representada ya entre estas jóvenes. Y tal vez por ello había tan poco en el conjunto que se saliera de lo típico, tan poca singularidad. Ya era posible clasificarlas, ya estaban firmemente moldeadas por el entorno en el que habían crecido, donde no había educadores ni pescadores de hombres natos según el ideal de Erik, sino solo personas distinguidas y funcionarios corrientes.

Su mano rebuscó de manera instintiva entre los cuadernos, como si quisiera demostrarse a sí mismo que estaba engañado. Sí, ahí estaba la *rareza*, entre las redacciones, o al menos algo que destacaba por su carácter singular.

En lugar de acogerse al tema prescrito, «La felicidad», la redacción comenzaba con el encabezado «¡Seamos bienaventurados!», y algo de este título emanaba un sentimiento de anhelo y júbilo que envolvía al lector en cada línea. No estaba escrita en una prosa que fuera lógica o, cuando menos, susceptible de corrección, sino en versos, en versos completamente incorregibles e indomables, en los que el lenguaje había emprendido su propio vuelo. Sin embargo, estos versos tenían algo que funcionaba, a pesar de las incorrecciones o, mejor dicho, de las ensoñaciones. Pues, en esencia, era como un sueño confuso, un barullo de ideas que brotaban al natural y con algunas trabas, una rebelión contra las palabras y la lógica, pero que albergaba una fuerza emotiva indiscutible. Uno se desesperaba enormemente al leerlo, pero, al mismo tiempo, se sentía preso de un deseo impaciente e incontenible por soltar a la fuerza la lengua de aquella persona cuyas palabras se trababan en sueños para que descifrara su alma al lector. Estos versos podría haberlos escrito Santa Teresa de niña antes de darse cuenta de que lo que experimentaba eran visiones de Dios, pensó Erik. ¿Cuál de las que había en el patio podría ser?

Unas palabras en voz alta cargadas de agitación llegaron hasta sus oídos y le interrumpieron la lectura. Oyó la voz de una de las chicas decir con gran determinación:

—Tiene que ser infeliz. Quiero que lo sea. Tan infeliz como sea posible. Si no, no lo haré.

—¡No, no, no me parece bien! —exclamó otra en tono compasivo.

—A ver, a mí me parecería bien —intentó mediar una tercera chica— si fuera solo un tiempo. Porque, si no, acabará casándose con él.

—¿Casarme? —preguntó con asombro la primera voz—. ¡Ni hablar! Os estoy diciendo que es infeliz y seguirá siéndolo para siempre. Pero no tengo la menor intención de casarme con él.

A Erik se le cayó el cuaderno de las manos. Se apoyó sobre el alféizar de la ventana y miró con cuidado hacia abajo. Le habría gustado saber qué aspecto tenía la criatura despiadada que deseaba atormentar de por vida a aquel pobre desgraciado sin ni siquiera casarse con él.

Pero la chica estaba tan cerca de la pared del edificio y rodeada por el resto de tal manera que Erik no podía inclinarse más sin que lo vieran desde abajo. Solo alcanzó a vislumbrar un par de pies estrechos y extendidos hacia delante, calzados con unos zapatos que dejaban el empeine al descubierto y unas medias oscuras.

Entonces empezaron a hablar a la vez y se armó tal revuelo que no era posible entender nada.

Después, una joven de cabello oscuro y una belleza extraordinaria dijo mientras mordía con apetito una manzana:

—Me parece muy extraño por tu parte. ¿Para qué lo hemos colmado de tantas y tan especiales virtudes si no lo quieres? Lo hemos puesto por las nubes. Si ahora resulta que tiene que ser noble e infeliz, podría haberse quedado en algo más modesto, ¿no os parece?

—Déjala, Vera, seguro que tiene algo nuevo entre manos, quizá algo mucho más bonito —intervino una niña rubia bajita que llevaba un peto adornado con finos bordados—. Y si no la dejáis en paz, al final no nos lo contará.

—¿Hay algo? ¿Hay algo? ¿Es bonito? —gritaron con gran expectación.

—¡No para vosotras! Pero sí que es el más bonito de todos los cuentos —explicó la chica que estaba junto a la pared—. ¿Conocéis los versos de Uhland?